

El Soldado

Por: M.

Cuando me di cuenta, había disparos. Múltiples y consecutivos, incesantes, cada uno sonando más grave que el anterior. Estaba en una trinchera, en posición fetal, usando uno de esos cascos de las películas de guerra. Estaba en una guerra. Tenía a varios de mis compañeros a mis costados, junto a sus largos rifles. Algunos estaban llorando, otros solo acababan tendidos en el suelo, desangrándose por alguna de las tantas balas que llovía del horizonte. Otros, los más valientes suponía, gritaban, a todo pulmón como si de algún cantante mediático se tratasen. Extrañamente parecía no poder escucharlos, solo veía sus bocas moverse y su pecho contraerse consecutivamente, como si estuviera en algún tipo de shock.

¿Y yo?, bueno, al darme cuenta, mi rifle estaba frente a mí, lo más alejado que podía estar en aquella estrecha cuneta. Quizás media menos de un metro y medio, quizás menos. Por el momento no podía hacer menos que cuestionar quien era; ¿Acaso tenía yo una casa?, ni idea, supongo que pensaba en ella cada noche viendo a las estrellas riéndome de alguna anécdota pasada, pero en ese instante tenía la misma certeza de eso como de que era un mapache. A propósito de aquello me vi las manos, solté un suspiro el cual no sabía que contenía al ver una ausencia de pelaje en ellas. Además de eso eran blancas y para mi asombro no tenían ni un solo callo ni cicatriz ni nada. Por su tamaño supongo que tenía unos diez y nueve o veinte años.

Recorrí de manera atenta mi brazo, trasladando mi mirada por las venas que veía lentamente desaparecer en mi piel. Llegué a mi pecho, y allí vi un uniforme militar y una bandera, de mi bando supuse, me reí ante esta redundancia. ¿Pero de que bando era?, a mis ojos esa bandera era igual que cualquier otra. Lo que me llevo a mi última pregunta: ¿Por qué estábamos peleando?

Antes de que pudiera seguir cuestionándome sonó un timbre. Sonaba como lo hacía el teléfono de los oficinistas: una serie de vibraciones agudas que después de cierto periodo se extinguían hasta volver a surgir. El sonido provenía de mi izquierda, note que el teléfono tenía como color un verde camuflaje. Del verde más mate y necio a cualquier moda que yo hubiese visto jamás. Su aspecto blindado lo hacía ver como si de fierro estuviera hecho. Uno de los soldados líderes, si es que existían, respondió. Lo vi palidecer después de haber escuchado la orden. ¿Quién nos daba la orden?, lo único que sabía era que nuestro general no estaría presente si es que moríamos. ¿Por qué participaba yo en esta guerra sin conocer al comandante?

Aquello me dejó anonadado por lo que creo que fue medio minuto. Suponía que era alguien de renombre, famoso y conocido por todos. Pero, lógicamente el adversario debía ser alguien igual de fiero, fuerte y valiente. Pero aquello no era más que una suposición. ¿Tendrían los soldados enemigos mis mismas dudas? Alto. Jamás he visto al enemigo, jamás había visto a nadie allí, creo que tampoco me había visto a mí mismo igualmente. Me comencé a marear, de alguna manera todos mis sentidos se mareaban.

En un segundo vi que todos a mi alrededor se agachaban, salvo por mí, claro, seguía absorto en mis divagaciones. Absolutamente todo se ilumino de manera tan abrupta y centellante que tuve que cerrar los ojos. Después de eso deje de escuchar los disparos, todo paro.

Mi mente se mantuvo en blanco y solo logre escuchar un agudo y constante zumbido. No paraba de chirriar, y seguía, seguía, seguía y no parecía terminar nunca. ¡¿Que pasaba?! ¡¿Estaba enloqueciendo?! El zumbido se hizo cada vez más y más agudo, hasta que no logre escuchar ni a mis propios pensamientos. Todo se transformó en un sonido acelerado y grave que iba y venía de manera familiar. Era mi corazón, y latía de manera tan rápida que parecía que iba a explotar. Abruptamente al momento de haberme dado cuenta de esto, recobre todos mis sentidos. Fue tan repentino que solté mi aliento tal como si me hubiesen ahorcado. A continuación, vi como el oficial que previamente vi en el teléfono se me acercaba rápidamente. Bajo a mi altura y me grito:

- “¡¿Me escuchas soldado?! ¡¿Logras escucharme?!”
-
- “Si. Solo me encuentro levemente aturdido”. - Dije monótonamente. No sé ni de donde mi salió la voz, porque ni yo mismo me reconocí.

No lo puede creer. Mis ojos se abrieron llanamente y el zumbido volvió. Esta vez acompañado del latido acelerado de mi corazón. Mire a mi derecha y divise la masacre. En lado opuesto al oficial del teléfono, todos estaban heridos, choros de sangre brotaban de sus cuerpos, algunos separados de todas sus extremidades, los más afortunados solo perdieron un brazo. Enloquecí de la ansiedad y miré abajo.

Lo vi de manera tan clara que no lo creí verdadero. Mutilado, esa es la mejor descripción. Desde mi hombro nacía un rio de sangre que brotaba desamparadamente, bajando la mirada estaba el trozo de carne al que llamaba hombro. Podía ver el hueso, los nervios, todo. En mi vida vi cosa más perturbadora.

Mi mirada seguía abajo, porque entonces la elevé hacia el lado del teléfono blindado y no creí lo que veía. El shock o lo que fuera me habían mantenido tranquilo cuando me pregunto mi situación el oficial previamente, porque realmente no había *visto* miserable situación. Ahora lo veía bien. Y basta decir que no *se* veía bien. Su pierna derecha, se encontraba tirada a unos metros de él, su brazo izquierdo, completamente destruido y estaba colgando por apenas un milímetro de carne, finalmente, y como la cereza del pastel, ambos ojos suyos, no sé ni dónde ni cuando, habían desaparecido y dejaron un aspecto macabro plasmado en su rostro. Al indagarlo solo encontré una grande y retorcida sonrisa, entonces entendí que había enloquecido.

De alguna manera con su brazo funcional saco una granada y entonces, ¡BOOM! Todo desapareció. Finalmente, después de quizás un segundo o un milenio, solo quedaban lo que llamamos nuestras almas, libres del dolor que nos estaba atormentando. Paradójicamente, quien acabo con nuestras vidas fue nuestro salvador. Y bueno, me reí, porque volví a como comenzó mi historia: completamente desconcertado. Todo paso tan rápido, y de la misma manera en que no supe como comenzó mi vida, terminó. En mi interior creo que los culpables de mi muerte no fueron los enemigos ni sus bombas, sino mi general.

Lo comprendí. La llamada que hizo palidecer a mi oficial en jefe era un aviso: el tal enemigo había lanzado un bombardeo. La luz y el zumbido, todo tenía sentido ahora.

Pero así es la guerra, ¿no? Siempre hay un ganador y un perdedor. Pero quienes son protagonistas nunca son los soldados sino sus generales. Siempre lejos del campo de batalla, en sus colinas, lejos de cualquier arma o amenaza fatal. Porque para poder alcanzar la victoria

deben morir otros tantos. Gentes que, como yo, probablemente no sabían ni para quien o debido a qué peleaban. Jóvenes, con sueños y metas, familias y hogares, y que, sin embargo, fueron aplastados por algún deseo egoísta.

¿Por qué? Al final nadie podrá celebrar victoria si todos ya andamos muertos. Al final nada importa, ni mi general se enterará de lo que pienso ni de cualquier otro soldado que, si pueda disparar, porque sin importar que, solo somos soldados, peones, y así como nacimos para morir, morimos para volver a nacer. Esclavos de la victoria.